



GANDHI Y GALERNA
El amanecer
de los libros

Página 3



RICARDO OLIVEROS
Motivos
para morir

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 159 | JUEVES 18 DE DICIEMBRE DE 2014



Los cuentos vienen marchando

Acceso Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL DESAYUNO DEL VAGABUNDO

En *El desayuno del vagabundo*, el poeta, antropólogo, traductor y novelista galés Richard Gwyn rememora sus años como herómano, alcohólico y vagabundo hasta terminar aplastado en un zanjón y empezar una lenta recuperación que salvó su vida por horas gracias a un trasplante de hígado para empezar una carrera literaria de primera línea que recupera ahora en parte su colega Jorge

Fondebrider. El libro, publicado por Ediciones Bajo La Luna de la Argentina en co-edición con Lom, de Chile, llega los años más escabrosos del thatcherismo y de la propia experiencia del escritor. Fondebrider ya había traducido para el sello GogóMagog una selección de sus poemas, *Abrir una caja*. *El desayuno del vagabundo* ganó el Wales Book en 2012.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 18 DE DICIEMBRE DE 2014



→ VICENTE BATTISTA

“Si se me preguntara cuál es la mejor manera de que el más excelso genio despegue sus posibilidades, me incineraría sin vacilar por la composición de un poema rimado cuya duración no exceda de una hora de lectura”, son palabras de Edgar Allan Poe que se pueden leer en su ensayo sobre los *Cuentos contados otra vez* de Nathaniel Hawthorne. En ese texto, que iba a marcar las pautas de lo que entendemos por cuento moderno, Poe considera que la poesía es la forma literaria por excelencia y en un escalón más abajo ubica al cuento. La poesía, podrían agregar, goza de un privilegio que le está negado al cuento: la épica. Ningún cuentista convocaría a los dioses del Olimpo a la hora de narrar su historia, poco importa que esa historia se refiera a la tristeza de un cochero ruso que en vano intenta contarle a sus ocasionales pasajeros la reciente muerte de su hijo o describa el desconcierto de un joven viajante de comercio que una atroz mañana despierta transformado en un enorme insecto. Tal vez esta definición que brinda *A Dictionary of Literary Terms* ayude a entender lo que intento decir: “Lo más co-



mún en un escritor de cuentos del siglo XIX o XX es que se concentre en un solo personaje dentro de un único episodio. No presentará la evolución de dicho personaje, sino que lo presentará en un momento especialmente revelador”. Ese momento, por otra parte, deberá estar resuelto en un mínimo de páginas que necesariamente mostrarán la historia que se cuenta y la historia que se oculta: la teoría del iceberg de la que habló Hemingway o el dato escondido que mencionara Vargas Llosa. “En el dominio de la mera prosa, el cuento propiamente dicho ofrece el mejor campo para el ejercicio del más alto talento”, concluye Poe.

Afirmar que la Argentina es una tierra de notables cuentistas resulta una verdad de Perogrullo. Sobre *héroes y tumbares Reynold* marcan un momento esencial de nuestra narrativa, una aparición en 1961, la otra en 1963, sin embargo, la importancia y el éxito de ambas novelas no mellaron el interés que, por aquellos años, se tenía en torno a los libros de cuentos. Mes a mes la Editorial Jorge Álvarez ofrecía antologías temáticas (*Crónicas de... la Burguesía, la Violencia, del Pisanaliti*), que se agotaban en las librerías de la ciudad, y casi todos los que entonces éramos escritores en ciernes publicamos en esa editorial nuestros libros iniciales, que invariablemente eran de cuentos: Rodolfo Walsh, Abelardo Castillo, Ricardo Piglia, Lilianna Heker, Tununa Mercado, dan testimonio de ello. Quince años más tarde ese arrebato se ha-

bía apagado, las editoriales recurrían a expertos en marketing y estos agudos caballeros, fieles a lo que determinaba la mano-obra del mercado, decidieron que el cuento había dejado de ser un género rentable. La estupidez no tiene límite: si por razones de fuerza mayor se veían obligados a editar un libro de cuentos, los sagaces agentes de marketing aconsejaban no anunciar el género en la tapa y, si no había más remedio, reemplazar “cuento” por “relato”. Esta metamorfosis originó ciertas teorías que intentaron señalar la diferencia entre un modo y otro de narrar, aún no lo han logrado, pero persisten con la torpeza del caso.

¿Cuándo se habrá relatado el primer cuento? Alguna vez escribí que ese narrador bien pudo haber sido una criatura del Neanderthal. Lo imaginé alrededor de un fuego recién descubierto contando para los otros una fantasía que acababa de inventar, imposible saber con qué gestos y con qué palabra lo habrá hecho, pero el mágico acto de narrar se había puesto en marcha y aún perdura, sin que le inquieten mayormente las voces agoreras que decretan su fin.

Del mismo modo que para tener un acabado panorama de la joven narrativa argentina de los años sesenta era preciso apelar a los libros de ficción editados por Jorge Álvarez, para obtener noticia acerca de la joven narrativa actual forzadamente debemos recurrir al catálogo de las pequeñas editoriales que apuestan a la calidad antes que a la cantidad e insisten con la buena idea de publicar volúmenes de cuentos. Quiero detenerme en cinco títulos que no han sido elegidos al azar, la suma

de sus individualidades puede brindar un resultado bastante aproximado acerca de cómo se articula el cuento en estos días. *Estadística de invierno* (Unam), de Alejandro Stilmán, seduce por la certeza de su escritura, donde no falta ni sobra nada; no es fácil lograr ese equilibrio, Stilmán lo ha logrado; no es fortuito que haya obtenido el Premio Caza de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. En *Cada siete segundos* (Conejos), Sebastián Grimberg demuestra que conoce las rígidas leyes del cuento, pero no vacila en quebrarlas cada vez que lo considera necesario, el resultado es un singular volumen en donde el realismo se conjuga armoniosamente con el absurdo y lo fantástico. Algo parecido consigue Ariel Basile en *Trabajos de oficina* (Simarg): pone del revés algunos conceptos preconcebidos y demuestra por qué a partir de una laboriosa escritura cualquier historia se torna posible y verosímil. Valentina Vidal en *Fondo Blanco* (Llanto de mudo) también transita la línea que se para lo real de lo fantástico, sus narraciones se asemejan a aquellos sueños en donde todo parece lógico y verificable y de pronto, por la ventana menos pensada, salta ese detalle perturbador que no estaba en nuestros cálculos. Leonardo Huebe en *Fin del mundo* (Letra Sudaca) tematiza los años de espanto de la última dictadura cívico-militar, cada uno de sus cuentos está construido con la habilidad de un artesano de la palabra: logra textos bellos y dolorosos, más allá de lo que está contando. Estos cinco jóvenes cuentistas demuestran, sin más vueltas, que el cuento sigue marchando.

Los cuentos vienen marchando

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INVESTIGARÁN LOS ANTEPASADOS DE BORGES EN PORTUGAL

Universidades de Argentina y Portugal investigarán los antepasados del escritor Jorge Luis Borges en tierra lusa, en tanto que las bibliotecas nacionales de ambos países crearán un acervo digital compartido, dedicada al autor de *El Aleph* y al portugués Fernando Pessoa. La Universidad Nacional de San Martín (Unsam) firmó un acuerdo con la Intendencia de Torre de Moncorvo para encarar una

investigación genealógica destinada a encontrar los antecedentes de los Borges en Portugal. Borges "es bisnieto del portugués Francisco Borges, quien a mediados del siglo XIX partió de una remota aldea del norte de ese país para embarcarse en una expedición militar al Río de la Plata y nunca regresó a Portugal", señaló el embajador Jorge Argüello.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 18 DE DICIEMBRE DE 2014

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ JUAN PABLO BERTAZZA

Motivos para morir

Como las desgracias, las preguntas nunca vienen solas.

Un periodista con idénticas dosis de experiencia en la arena política y escepticismo existencial, recibe el orden de armar las valijas. No para ir demasiado lejos pero sí para cumplir una misión con la que está muy poco familiarizado: debe cubrir las vicisitudes del asesinato del padre Rogelio, que viene de connotar y sacar del letargo al pueblo chico -infierno grande- de Capilla del Señor.

Tan intrigante como el enigma acerca del móvil de ese asesinato, resulta, poco después, el motivo por el cual ese hombre decide quedarse -incluso consumiendo sus vacaciones- en ese pueblo donde nadie lo conoce y en el que, por supuesto, todos se conocen hasta el hartazgo.

Motivo para morir (editorial Alción) del periodista y escritor Ricardo Oliveros es un policial clásico, inobjetable: no falta el detective improvisado y algo ingenioso que termina teniendo, no obstante, un rol fundamental en la resolución del caso, tampoco la infaltable pero siempre eficaz *femme fatale* encarnada, en este caso, por Sara, una prostituta fina y rapaz que conmueve, por decirlo de algún modo, al periodista a tal punto que el deseo por acostarse con ella -o hablarle o incluso mirarla- pone en segundo plano su misión laboral.

Tampoco falta la salvaje concatenación de preguntas aparentemente sin respuesta: pronto, ese primer crimen del padre Rogelio pronto se replica en el asesinato de Alfonso Storni, un empresario agrícola que, antes de morir, ve naufragar irremediablemente su matrimonio con Soledad, una mujer de familia condenada a su propio nombre.

En principio, los dos crímenes no tienen nada en común pero, a la vez, tal como aseveran los investigadores, es sumamente ex-



traño en Capilla del Señor tengan lugar dos homicidios tan sangrientos como tan breve margen de tiempo.

El promisorio debut literario de Ricardo Oliveros va a fondo con la densidad de las tramas pero también con las posibilidades de exploración del lenguaje literario: constataciones semánticas que crean relaciones fructíferas entre significantes y significados, entre las cosas y sus nombres, entre los personajes y sus *nom de guerre*, seudónimos, apodos o cualquier otra forma de identificación, como si todos los enemigos

del destino respondieran, finalmente, responderían a un grandioso juego de palabras.

En ese sentido, resulta muy interesante el hecho de que el periodista que recibe ese guante tan común en el periodismo de trinchera -tenés que hacer una crónica policial porque no queda nadie que pueda hacerlo, le impone su jefe- es el único personaje que no tiene nombre y, en algún punto, el más trascendente de la novela: apenas llega a Capilla del Señor, descubre en la escena del crimen del sacerdote una serie de detalles de suma importancia que no tardará en Noriega, apretado entre su enorme estómago y el poco margen que le da el fiscal que entiende en la causa.

Pronto, el policía y el *journalist* (como simpáticamente lo llama el oficial) entablan un vínculo de complicidad, sarcasmo y confianza que funciona, a la vez, como pulmón de tensión de la historia.

Si toda vida condensa, después de todo, la serie de relaciones que cada persona fue tramando con los demás, *Motivo para morir* -título digno de Emil Gioran- está estructuralmente en torno a las diferentes modalidades en que cada uno de sus personajes se van agrupando en el contexto de un pueblo en el que todos están fatalmente unidos: la dupla del policía

y el *journalist*, el dúo paradójico y, sin embargo, verosímil entre el sacerdote y Sara, pero también el triángulo amoroso (de distintos lados) que conforman Storni, su esposa Soledad y la prostituta. En esos vínculos tan profundos, y en la compleja psicología de casi todos los personajes de este libro (la excepción, el punto más flojo es, sintomáticamente, la construcción del personaje que lleva el nombre de Sacrificio) radica lo mejor de esta novela con algo de Onetti y algo de Arlt que no sólo se las arregla para acumular interrogantes. También se las ingenia para dar un cabo suelto con una idea que el gran Leopoldo Marchal formuló con exactitud poética: "De los laberintos sólo se sale por arriba".